

Ballesteros, Juan Carlos Pablo

## **SÓCRATES**

***En: Ballesteros, Juan Carlos Pablo, Dir. (2014) Introducción a la Filosofía. (2da ed). Ed. Universidad Católica de Santa Fe. p. 61-69***

*La Biblioteca posee la autorización del autor para su publicación en línea*

Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.  
Atribución – No Comercial – Sin obras derivadas 2.5



# **INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA**

**BAJO LA DIRECCIÓN DE  
JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS**

**UNIVERSIDAD CATÓLICA DE SANTA FE**

**UCSF**  
Universidad Católica  
de Santa Fe

Ballesteros, Juan Carlos Pablo

Introducción a la Filosofía - 2a ed. 1a reimp. - Santa Fe :

Universidad Católica de Santa Fe, 2014.

352 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-950-844-083-9

1. Filosofía. 2. Enseñanza Universitaria. I. Título  
CDD 190.071 1

© 2014 by Universidad Católica de Santa Fe

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación y otros métodos sin previo y expreso permiso del titular del copyright.



Universidad Católica de Santa Fe



ISBN 978-950-844-083-9

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 2014, en los Talleres Gráficos de Imprenta Lux S. A. Hipólito Irigoyen 2463 - Santa Fe - Argentina

## SÓCRATES

Sócrates nació en el año 469 o 470 a. C., en Atenas, en el barrio de Alópeke, hijo de Sofronisco, escultor, y de Fenarete, partera. Perteneció, en consecuencia, a una clase media entre los hombres libres atenienses, con un modesto patrimonio heredado de sus padres, consistente en una propiedad en la que vivía y en un capital que le permitía subsistir. Sirvió en el ejército como hoplita (soldado de infantería pesada, equipada con casco, escudo, coraza, espinilleras y armamento, que habitualmente era asistido por un criado que transportaba parte de su equipo, armas de repuesto, etc.) para lo cual debía contar con una renta mínima que estaba establecida por ley.

Los principales datos sobre el Sócrates histórico (que debe distinguirse del personaje que interviene en la mayor parte de los diálogos platónicos) se los debemos a Aristófanes, Platón, Jenofonte y Aristóteles. Si bien hay diferencias entre los testimonios de estos autores, en particular entre Jenofonte y Platón, coinciden en su admiración por este ateniense a quien consideraron (con la probable excepción de Aristófanes, quien lo tomó como centro de sus burlas en una de sus comedias, *Las Nubes*) el hombre más justo de su época.

Jenofonte, contemporáneo de Platón, autor de la *Anábasis*, en la que describe la desastrosa expedición de Ciro en Asia, salvó su vida gracias a Sócrates en la batalla de Delium, durante la guerra del Peloponeso. Escribió unas *Memorias*, también conocidas como *Los memorables* o *Dichos memorables de Sócrates*, en las que quiso sobre todo destacar las condiciones de Sócrates como modelo de buen ciudadano y sus consejos morales.

Aristófanes, por su parte, escribe la comedia *Las Nubes* hacia el 435 a. C., cuando Sócrates tiene unos cuarenta y siete años. En ella se refiere burlescamente a Sócrates como a alguien colgado en una canasta entre las nubes (que reemplazan a los dioses), ocupado entre otras

cosas “muy importantes” en calcular cuánto mide el salto de una pulga. Esto nos indica que a la edad mencionada Sócrates era ya una persona conocida por los atenienses, ya que de lo contrario las referencias al pensador no habrían tenido sentido para el auditorio. Además, en *Las Nubes* hay algunas expresiones de gran interés para la confirmación histórica del filósofo, como la mención de que Atenas comete una locura al alimentar a Sócrates, corruptor de la juventud, cargo con el que se lo acusará veinticuatro años después. Y también cuando uno de los personajes aclara que como la madre de Sócrates fue comadrona, el hijo se hace llamar “partero de las almas”.

Sócrates estuvo casado con Jantipa y tenía tres hijos, el mayor de los cuales, Lamprocles, (Lamprocies lo llama Jenofonte) era ya un joven cuando éste murió y el menor, en cambio, un niño pequeño. Su aspecto exterior era descuidado. No daba mucha importancia a las apariencias y habitualmente andaba descalzo. Jenofonte, con más delicadeza, indica que “En sus vestidos, en su calzado, en toda su manera de vivir, estaba muy lejos de la delicadeza y de la ostentación”. Todos los que lo conocieron destacan sin embargo la templanza y el autocontrol como las características más notables de su carácter, y que “jamás se lo vio ebrio”. Esto último se lo ha señalado con insistencia, lo que hace suponer que lo contrario era lo común, sobre todo en un pueblo que era bebedor de vino, como ya nos contaba Homero al respecto con lujo de detalles. Y la expresión “jamás se lo vio ebrio” no indica que no bebiese, precisamente, sino que tenía mucho aguante y que cuando era necesario lo hacía con moderación, como cuando dialoga con sus amigos según varias obras de Platón.

En cierta oportunidad un amigo de Sócrates, Querefón, hizo un viaje a Delfos, donde oyó el oráculo de la Pítia, que afirmaba que nadie era más sabio que Sócrates. Este reflexionó sobre esto largo tiempo, hasta que descubrió su sentido: los hombres creen saber algo, pero él estaba convencido de no tener ninguna sabiduría. La afirmación de que “nada sé” es reiterada en Sócrates (en Platón: *Apología*, 21 c-d, por ejemplo). Sin embargo, la expresión merece una explicación, porque es manifiesto que cualquier hombre *algo* sabe. Sócrates comprende la afirmación del oráculo porque él no cree saber lo que no sabe. Algunas veces Sócrates toma la actitud de no saber sobre lo que se discute, aunque algo sepa. Es una suerte de ignorancia fingida, su famosa *ironía*, que se justifica en su concepción de que el saber no es algo de una especie tal que “de lo que está más lleno pueda fluir a lo

que está más vacío”, pues cada uno debe descubrir la verdad por sí mismo. Sócrates, como *no sabe*, siempre se ofrece a participar de esta búsqueda: “Mi querido Critias, tu actitud para conmigo parece atribuirme la pretensión de conocer las cosas sobre las que hago mis preguntas, y parece crees que depende de mí el concederte lo que me pides. No hay nada de esto; yo examino contigo cada problema a medida que se presenta, precisamente porque yo no tengo la solución del mismo. Luego de examinarlo, te diré gustosamente si estoy de acuerdo contigo o no, pero espera a que yo haya acabado mi investigación” (Platón: *Cármides*, 165 b). Y en el libro I de *La República*, que pertenece al primero de los cuatro períodos en que se divide el pensamiento de Platón, cuando su interlocutor le pregunta qué condena sufriría si diese una respuesta acerca de qué es la justicia mejor que la suya, Sócrates responde: “-No sería otra -le respondí- que la que conviene a todo aquel que no sabe. Lo procedente para este es aprender del que sabe, y yo me encuentro en un caso semejante” (Platón, *La República*, 337 d-e). En un sentido muy parecido se expresa en el *Gorgias*: “Tampoco yo hablo con pleno conocimiento de los asuntos que trato, sino que indago con vuestra colaboración, y, en consecuencia, si veo que el que disiente de mi opinión dice verdad, yo seré el primero en reconocérselo” (Platón: *Gorgias*, 506 d).

En el *Hippias menor* dice que frente a los que son reconocidos por su saber, él parece no saber nada: “La realidad se me escapa, no sé qué es ella. La prueba de esto es que, puesto en presencia de uno de entre vosotros, los que sois renombrados por vuestro saber, según todos los griegos dan de ello testimonio, parece que yo no sé nada” (Platón: *Hippias menor*, 372 b). Sin embargo, en el *Eutidemo* reconoce que tiene algún saber. Con su inconfundible ironía acepta que sabe muchas cosas, pero pequeñas:

-¿Hay alguna cosa que tú sepas?

-Ciertamente -dije- e incluso varias, pero en verdad poco importantes. (Platón: *Eutidemo*, 292 e).

¿Cómo conciliar estas afirmaciones que sabe algo con aquella en que sostiene que nada sabe? La respuesta está en la *Apología*. Allí sostiene que si hay saberes que son humanos y otros que no lo son, sobre éstos últimos no sabe nada: “Ese calificativo que me ha quedado aplicado (se refiere al de sabio) no tiene otro fundamento, atenienses,

que una sabiduría de cierta clase. ¿De qué clase? Sin duda de una sabiduría de carácter humano. Es realmente posible que sea sabio en ese sentido, mientras que aquellos a quienes he citado poco ha serán quizá sabios con sabiduría sobrehumana, o no sé qué nombre darle, pues yo al menos no estoy en posesión de ella, y el que afirma que la tengo mente y lo hace con intención de difamarme” (Platón: *Apología*, 20 d. Paréntesis mío). Luego recuerda la respuesta del oráculo de Delfos a su amigo Querefón, y explica que en su interés por descifrar el enigma se comparó “con uno de los que pasan por sabios”, llegando a esta conclusión: “Yo soy más sabio que este hombre; es posible que ninguno de los dos sepamos cosa que valga la pena, pero él cree que sabe algo, pese a no saberlo, mientras que yo, así como no sé nada, tampoco creo saberlo”. Creo que el texto debería interpretarse “no sé nada que valga la pena”. Si es así, adquiere mayor claridad la explicación que da más adelante en su discurso: “temer la muerte no es otra cosa que creer ser sabio sin serlo, pues es lo mismo que creer saber lo que no se sabe: nadie sabe ni siquiera si la muerte es para el hombre el mayor de todos los bienes, y, no obstante, la temen como si tuvieran la certeza de que sea el mayor de todos los males”. En efecto, nadie puede tener certeza racional sobre algo que todavía no ha acontecido: su propia muerte. Por otra parte, adviértase que este no saber sobre la muerte es bien diferente del que tiene el Sócrates que aparece en el *Fedón*, donde desarrolla los argumentos platónicos sobre la inmortalidad del alma y la certeza que los justos después de la muerte gozarán de una felicidad propia de bienaventurados.

En la continuación de su discurso hace ya expresa referencia a su no saber sobre el Hades, el mundo oscuro de los muertos: “Y en verdad, ¿cómo no va a ser una especie censurable de ignorancia la que consiste en creer saber lo que no se sabe? Yo, por mi parte, me diferencio quizá de la mayoría de los hombres -también en este caso- en lo siguiente, y si, como decía, yo afirmase ser más sabio que alguien por algo, sostendría que por ello: yo no conozco de modo satisfactorio lo del Hades, pero confieso no conocerlo. Ahora bien: sí sé que el obrar injustamente y el desobedecer a un superior, sea dios, sea hombre, es malo y vergonzoso” (Platón: *Apología*, 29 a-b).

Sócrates sabe que no sabe nada sobre la muerte, pero en cambio sí sabe sobre otras cosas, como la injusticia, etc. El no saber se refiere, pues, fundamentalmente a la muerte, y el saber a la vida, al saber-vivir, a lo que hay que elegir o rechazar. Este saber en Sócrates proce-

de de su experiencia interior, en la que juega un papel destacado su *daimon*, un dios personal o demonio, una voz interior que siempre que se deja oír, trata de apartarlo de aquello que quiere hacer. (Indica lo que no tiene que hacer, no lo que debe hacer. Sócrates no es un iluminado que obra obedeciendo misteriosas voces interiores). Yo creo, dice Sócrates, en esta voz divina como otros creen en los signos de las aves o en el sentido profético que conceden a algunas palabras oídas al pasar. Sócrates nunca se atribuyó la paternidad de ninguna doctrina sino más bien el ayudar a que otros la descubran, lo que ha sido denominado mayéutica (del griego *maieutikós*, concerniente a los partos, de donde viene el oficio de partera: *maieutiké téchne*). En varios diálogos Platón atribuye a su maestro este “método”, pero sin duda el texto más claro es el del *Teeteto*, donde Sócrates comienza (*Teeteto*, 149 a) recordándole a su interlocutor, de quien toma su nombre la obra, que es hijo de Fenarete, una hábil y renombrada partera, y que él es como ella, con la diferencia de que no atiende a los cuerpos sino a las almas en el momento de su alumbramiento. Además, sostiene, tiene en común con las parteras ser estéril en sabiduría, “y el reproche que muchos me hacen, de que así como pregunto a los demás, no doy jamás mi opinión personal sobre nada, por falta de sabiduría, es un reproche verídico.” Sin duda la mayéutica está en subordinación a lo que Sócrates entiende por filosofía. Ahora bien, dilucidar esta cuestión no es empresa fácil. Sostiene Sócrates en el primer discurso de la *Apología*: “Me parece, atenienses, que sólo Dios es en verdad sabio, y que esto ha querido decir con su oráculo: que la sabiduría humana vale poco o nada”. Para Sócrates la filosofía busca la verdad, pero no se trata de la verdad sobre la naturaleza como mero conocimiento, sino aquella que nos hace ser mejores personas. Aristóteles escribió en la *Metafísica* que Sócrates se desentendió del estudio de la naturaleza en su conjunto, pues estaba más interesado en las virtudes morales, siendo el primero que procuró proporcionar definiciones universales de ellas. “Hay, pues, dos aportes que mercedamente habría que reconocer a Sócrates: la prueba por inducción y la definición del universal, pues ambas constituyen el principio de la ciencia” (Aristóteles: *Metafísica*, 1078 b 25-30). Esta afirmación de Aristóteles es concluyente frente a la extraña suposición de que Sócrates no fue un personaje histórico, real, sino solamente un invento de Platón.

La filosofía se relaciona con la verdad que permite el cuidado del alma y el conocimiento de sí mismo, pero debemos ser capaces de

“estar en condiciones de dar cuenta”, de dar una justificación racional a lo que se afirma. Este “cuidado del alma” Sócrates lo tomó como una misión suprema y como un “servicio a Dios”. Jenofonte asegura que Sócrates afirmó que “he trabajado constantemente para hacer mejores a los que me han tratado”. Esta idea está muy bien expresada en la *Apología*: “Toda mi ocupación es andar de un lado a otro tratando de persuadirlos, jóvenes y viejos, de que no debéis preocuparos ni del cuerpo ni de las riquezas, tan apasionadamente como de vuestra alma, para que sea todo lo perfecta posible” (Platón: *Apología*, 29 e). Esta “sabiduría” constituye un cierto modo de vida superior, un cierto estilo ético que diferencia al filósofo y lo eleva por encima de la banalidad del hombre común.

Esta misión de la filosofía como camino de purificación del alma no es otro que el de conocerse a sí mismo, no en un mero sentido intelectual sino como una suerte de imperativo moral que transforma a la filosofía en una forma de vida que excluye la hipocresía. Esto está en correspondencia con uno de los textos en los que Sócrates es más claro con respecto a su misión filosófica: “...Supongamos que, desoyendo las instancias de Anito, me dijeseis: ‘Sócrates, no haremos caso de lo que dice Anito, sino que te declaramos absuelto, pero a condición de que dejarás de filosofar y de hacer tus indagaciones acostumbradas; y si en esto reincides y fueres descubierto, morirás.’ Pues si esta condición me pusiereis para soltarme, yo a mi vez os diría: ‘Atenienses, os respeto y os amo, pero obedeceré a Dios antes que a vosotros; y *mientras quede en mí un soplo de vida y fuere capaz de hacerlo, no cesaré de filosofar, de exhortaros y de amonestar al que de vosotros me encontrare, diciéndole lo que tengo por costumbre: ¿Cómo es posible, mi excelente amigo, que siendo tú ateniense, ciudadano de la mayor ciudad del mundo, y de la más renombrada por su sabiduría y su poder, no te avergüences de no haberte cuidado sino de tus riquezas, para aumentarlas lo más que puedas, así como de tu reputación y tus honores, y no te ha preocupado, en cambio, ni has pensado en la sabiduría, en la verdad, en tu alma, para hacerla lo mejor posible?’*” (Platón: *Apología*, 29 d. *Cursivas mías*).

Tenía Sócrates más de setenta años cuando fue acusado, juzgado y sentenciado a muerte por sus conciudadanos atenienses. La acusación la presentaron tres ciudadanos, Licón, el menos conocido, Ánito y Meleto. El texto de la acusación se conserva por dos fuentes: Jenofonte y Diógenes Laercio. Según este último el texto fue el si-

guiente: “Melito Pítense (del demo de Pito), hijo de Melito, acusó a Sócrates Alopense, hijo de Sofronisco, de los delitos siguientes: Sócrates quebranta las leyes negando la existencia de los dioses que la ciudad tiene recibidos, e introduciendo otros nuevos; y obra contra las mismas leyes corrompiendo la juventud. La pena debida es la muerte”. Según parece tanto Platón como Jenofonte se inclinan a creer que la segunda acusación era más bien vaga o imprecisa. Jenofonte escribió al respecto: “Lo que me asombra también es que algunas personas hayan creído que Sócrates corrompía a la juventud; Sócrates, el más sobrio y más casto de los hombres, el que soportaba el frío, el calor, las más rudas fatigas; que se había creado un hábito tal de moderación, que se hallaba fácilmente lo necesario en la más humilde fortuna. ¿Cómo, pues, con semejantes costumbres, hubiera dirigido a los demás a la impiedad, al desprecio de las leyes, a la gula, al libertinaje?”.

La verdadera causa de la acusación quedará en el misterio. Según parece Ánito tenía un rencor personal contra Sócrates. Además, entre sus discípulos habían figurado Alcibíades y Critias, odiados en aquel momento por su papel en las guerras recientes. Y entre el resto estaba lo más granado de la juventud ateniense, destinada a gobernar en el futuro, lo que preocupaba a los conservadores de Atenas.

El juicio ateniense por entonces contaba de las siguientes partes: la acusación, a la que respondía el acusado (primer discurso de Sócrates en la *Apología* de Platón), luego los jueces evaluaban lo dicho por el acusado en su defensa y procedían a la sentencia. Ante ésta el acusado tenía la posibilidad de proponer una pena menor (segundo discurso de Sócrates en la *Apología*). Es un error afirmar que aquí Sócrates rechazó el destierro. Ante la sentencia de muerte sostuvo que por los servicios que había prestado a la ciudad merecía más bien recompensa que castigo. El tribunal debía elegir entre las dos propuestas, sin poder decidir una tercera. Lo que sí es verdad es que si Sócrates hubiese propuesto su destierro, con seguridad esto habría sido aceptado. Eligieron la condena a muerte por escaso margen. Hasta aquí la *Apología* es substancialmente histórica. El resto (tercer discurso de Sócrates), a partir de 38 c, es considerado por la mayoría de los estudiosos como una invención de Platón, ya que el derecho procesal ateniense no concedía al acusado una nueva ocasión de hablar. Sin embargo, como se verá, el agregado de Platón se adecua bastante a la argumentación anterior, sin poner en boca de Sócrates sus propias ideas, como hará en obras posteriores.

Normalmente la sentencia era ejecutada inmediatamente pero Sócrates tuvo que esperar un tiempo mayor debido a que hasta que no volviera un barco que anualmente los atenienses mandaban a Delos por razones religiosas no se podían cumplir las sentencias de muerte. Jenofonte escribe al respecto que “Estaba obligado a vivir aún treinta días después de su condena, porque las fiestas de Delos caían precisamente en el mes en que se había dictado aquélla, y nadie puede ser ejecutado mientras el barco sagrado no haya vuelto de esa isla. Todos los que le vieron durante este plazo reconocieron que no había cambiado nada en su manera ordinaria de vivir. Su inalterable serenidad y su buen humor habían producido hasta entonces admiración, y le habían colocado por encima de todos los hombres”. El proceso de Sócrates fue muy conocido, y Platón, que estuvo presente, lo recogió en su *Apología*. Según Diógenes Laercio el acta de acusación se conservaba en los archivos de Atenas todavía en el siglo II de nuestra era. Además debe considerarse que la *Apología* escrita por Platón tiene que reflejar con fidelidad lo que ocurrió en el juicio porque debe haber circulado muy pocos años después del suceso, y debió ser leído por no pocos de los jueces, que habrían denunciado a su autor si el relato no hubiese sido veraz. Sobre su muerte Platón dejó escritas bellas páginas en el *Fedón*, el *Eutifrón* y el *Critón*.

La filosofía, para Sócrates, es una tarea personal, pero al mismo tiempo es una búsqueda en común que supone la honestidad intelectual y la humildad. No estaba tan errado Aristófanes cuando dice que Sócrates habita en una Escuela de Sabiduría (*phrontisterion*, taller de pensar). Buscaba el conocimiento junto con todos aquellos que se interesaran por una respuesta, afirma Jenofonte. Y Platón corrobora esto en varios pasajes, como en el *Protágoras* 348 d (“Preferiría, Protágoras, volver a la cuestión sobre la que te comenté al comienzo e intentar llevar nuestra investigación a buen término a una contigo”), en el *Menón* 80 d (“Menón.- Yo, Sócrates, aun antes de encontrarme contigo, había oído decir que tú no hacías más que encontrar dificultades en todas partes y hacerlas encontrar a los demás.”), en el *Critón* 48 d (“Sócrates.- Reflexionemos juntos, amigo mío, y si puedes de algún modo refutar mis observaciones, hazlo y te obedeceré.”), etc. La filosofía, para Sócrates, es la búsqueda de la verdad que perfecciona al hombre, y esta verdad tiene que ser alcanzada por la fuerza del diálogo. El filósofo busca la verdad porque no la tiene, al menos de una forma que lo satisfaga plenamente. Tal vez la mejor manifestación en

Sócrates en que se aúnan la filosofía como búsqueda de la verdad y como forma de vida son las últimas palabras de la *Apología*: “Y no digo más, porque es hora de partir; yo he de marchar a morir, y vosotros a vivir. ¿Sois vosotros, o soy yo quien va a una situación mejor? Eso es oscuro para cualquiera, salvo para la divinidad”. Porque a diferencia del Sócrates platónico, el Sócrates histórico ignora que hay otro mundo esencialmente distinto al que habitan hombres, muertos y dioses. Porque sobre la muerte, dice a sus jueces, podemos pensar dos cosas: que es como el sueño de una noche, lo que no es una cosa mala, o que es como un viaje a otro lugar adonde habitan, entre otros, Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero. “Yo por mi parte, morir quiero mil veces, si eso es verdad”.

La obra de Aristófanes: *Las Nubes*, puede consultarse en: Marquerie, Alfredo: *Versiones representables de teatro griego y latino*. Ed. Aguilar, Madrid, 1966. La de Jenofonte: *Memorias sobre Sócrates*, en Jenofonte: *Sócrates. Vida y doctrinas*. Trad. de José Deleito y Piñuela. Alderabán Ediciones. Madrid, 1999. De Diógenes Laercio he utilizado *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. Trad. de José Ortiz y Sanz. En: AA. VV.: *Biógrafos griegos*. Ed. Aguilar, Madrid, 1964. Sobre el pensamiento de Sócrates pueden consultarse: Guthrie, W. K. C.: *Historia de la filosofía griega. III. Siglo V. Ilustración*. Trad. de Joaquín Rodríguez Feo. Ed. Gredos, Madrid, 1994; Hadot, Pierre: *¿Qué es la filosofía antigua?* Trad. de Eliane Cazenave Tapié Isoard. Fondo de Cultura Económica. México, 1998; Tovar, Antonio: *Vida de Sócrates*. Revista de Occidente. Madrid, 1953; Gómez Robledo, Antonio: *Sócrates y el socratismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994; Jaeger, Werner: *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Trad. de Joaquín Xirau y Wenceslao Roces. Fondo de Cultura Económica. México, 1971; Mondolfo, Rodolfo: *Sócrates*. Eudeba. Buenos Aires, 1971; Taylor, A. E.: *El pensamiento de Sócrates*. Trad. de Mateo Hernández Barroso. Fondo de cultura económica. México, 1993. Sobre Sócrates y su concepción de la filosofía como modo de vida es importante la obra de Pierre Hadot: *Philosophy as a Way of Life. Spiritual Exercises from Socrates to Foucault*. (Traslated by Michel Chase) Ed. Blackwell, Massachusetts, 2000.

**Juan Carlos Pablo Ballesteros**